

El viento se lo llevó.

En estos días de fiestas, donde la mayoría de los seres humanos entramos en una vorágine tormentosa en la búsqueda de presentes materiales para satisfacer los requerimientos cada vez más exigentes de nuestros cercanos, olvidamos el único y verdadero sentido que debería rondar en nuestros pensamientos: Un tiempo para meditar y un tiempo para proyectar.

Meditar sobre el origen de nuestra cultura social, la que forma la base de nuestro pensamiento occidental cristiano, a pesar de que muchos, quizás demasiados, prefieren sacar ese adjetivo de sus mentes como un rechazo más a cada una de las cosas que se nos han impuesto por tradición. Sin embargo, resulta inevitable que todos, quiéranlo o no, nos hemos formado en los principios del cristianismo, todo lo que se debiera proyectar en el seno de la familia, de los amigos, del trabajo o de los grupos sociales en los cuales nos desarrollamos.

Al meditar es donde nos damos cuenta del estado en que nos encontramos como personas, como pareja, familia, o como sociedad y deberíamos afligirnos por nuestra realidad.

Es tiempo para meditar, lo que se opaca con la entrega de regalos que, muchas veces, son sólo para cumplir o no son recibidos con el reconocimiento del esfuerzo del que los entrega.

Tiempo para proyectar, pues el desarrollo del año siguiente debe ir de la mano con las experiencias buenas y malas del tiempo corto que quedó atrás y del cual no se habrá de volver a hablar.

El viento se lo llevó y en Magallanes esto es más claro y evidente. La enorme algarabía festiva, el desenfrenado comercio y la necesidad de aprovechar la ocasión, provoca una horda de gente ansiosa, intrépida y agresiva que llega al stress con mucha facilidad. ¿Y cuándo se frena? Parece que no hay espacio para ello.

En épocas de meditar por la paz, por mejorar un mundo cada vez más sucio y al cual no trepidamos en seguir tirando basura, no nos damos tiempo para disfrutar de los esfuerzos de numerosas personas que usan sus talentos y que hacen de su vida un instrumento para difundir arte. Las academias de danzas, los grupos corales, las asociaciones y fundaciones que cultivan el interés por difundir arte con espectáculos hermosos y dedicados, son una muestra de lo que es mejorar el mundo. En los salones puede haber público, pero afuera de los recintos la gente prefiere seguir compitiendo por tal o cual papel, por tal o cual regalo y, prefieren no darse una hora de descanso para gozar de lo que el hombre, por amor al hombre, desarrolla.

Nuestra sociedad está acostumbrándose a dejar pasar los eventos que llegan. Hace unos días estuvo el velero holandés "Europa" quien hace un raid por el mundo e hizo coincidir su estadía con la conmemoración de los 400 años del descubrimiento del Cabo de Hornos. Su fugaz paso fue inadvertido por quienes deberían de haber tomado cartas en el asunto, a pesar de nuestro reiterado aviso. El Cabo de Hornos es nuestro. Estará lejos, pero sigue siendo nuestro. Nadie hizo lo necesario para afrontar ese desafío y el buque partió rumbo al peñón. El viento se lo llevó.-